

carne, por cuanto Orgelot es el Suse de San Petersburgo.

Diez minutos después llegué delante de la casa indicada, y como decidí comer en el restaurante fronterero de ella, regentado por un mi compatriota, según pude ver en la rotulata, despedí á mi droschki, y entré en la tienda preguntando por la señorita Luisa Dupuy.

—¿Desea V. verla para compras ó para asuntos particulares? preguntóme una de las oficialas.—Para asuntos particulares, respondí.

La oficiala se levantó y me condujo á la sección de la señorita Dupuy.

#### IV

Introdujéronme en una reducida pieza entapizada de telas asiáticas, en la que hallé á mi hermosa compatriota recostada y leyendo una novela. Al verme, Luisa se levantó, y lo primero que dijo, fué:

—¡Ah! ¡es V. francés!

Me disculpé de presentarme á la hora de la siesta, y añadí:—Como sólo hace veinticuatro horas que estoy en San Petersburgo, puede perdonármese que todavía ignore algunas costumbres de la ciudad. Traigo para V. esta carta.—¡Ah! es de mi hermana, exclamó Luisa; ¡oh! mi buena Rosa, ¡cuánto me place saber de tí! ¿Conque V. la conoce? ¿continúa conservando su buen humor y su hermosura?—Lo último puedo afirmarlo, respondí; en cuanto á su buen humor, espero que lo tenga; y digo esto porque sólo la he visto una vez. La carta esta me la entregó un mi amigo.—El señor Augusto, ¿no es verdad?—Es verdad.—¡Pobre hermana mía! en la hora de ahora estará muy contenta; le he enviado unas telas magníficas, y algo más. Le escribí que se viniera, y...—¿Y qué?—Como para ello tenía que separarse del señor Augusto, se

ha negado. Pero tome V. asiento, no haga V. cumplidos.

A esta incitación hice ademán de sentarme en una silla, pero la señorita Dupuy me hizo seña de que me sentase á su lado, en lo cual no opuse reparo alguno.

Entonces Luisa se puso á leer la carta que yo acababa de entregarle, y, mientras, la contemplé á mi sabor.

Las mujeres tienen una facultad maravillosa y exclusiva, la de trasformarse, si vale decirlo así. A mi vista tenía yo una simple modistilla de la calle de la Harpe, modistilla que, hacía cuatro años, iba indudablemente todavía, todos los domingos, á bailar al Prado y á la Casa de campo. Pues bien, á aquella mujer le había bastado que la trasportasen, como una planta, á otra tierra para florecer en medio del lujo y de la elegancia, como si se encontrase en su suelo natal. A decir verdad, por muy familiarizado que estuviese yo con los ademanes y las costumbres de la estimable clase de la sociedad á que Luisa pertenecía, nada veía en ella que me recordase la vulgaridad de su cuna y la irregularidad de su educación. El cambio era tan radical, que al ver á aquella hermosa criatura con sus largos cabellos á la inglesa, su sencillo peinador de muselina blanca y sus escaarpines turcos, recostada en la actitud graciosa que le habría impuesto un pintor para retratarla, pudiera haberme dado á entender que me habían introducido en el camarín de alguna elegante y aristocrática habitante del barrio de San Germán, siendo así que me encontraba ni más ni menos que en la trastienda de un establecimiento de modas.

—Y bien, ¿qué hace V.? me preguntó Luisa, que hacía un rato había dado fin á la lectura de la carta y empezaba á correrse del modo como yo la miraba.—La miro á V. y estoy pensando...—¿En qué?—En que si Rosa hubiese venido, en vez de continuar tan heroicamente fiel á Augusto; si por mágicas artes, hubi-

biera sido trasportada de improviso á este delicioso camarín; si se hubiese encontrado delante de V. como yo en este momento, en lugar de echar los brazos al cuello de su hermana, habría caído de rodillas, dándose á entender que estaba en presencia de una reina. —El elogio es un poco exagerado, profirió Luisa sonriéndose, pero no deja de incluir alguna verdad. Y lanzando un suspiro, añadió: Tiene V. razón, estoy muy cambiada. —Señora, dijo una muchacha entrando, ahí está la Gosudarina que desea un sombrero igual al que entregó V. ayer á la princesa Dolgoruki. —¿Es realmente la Gosudarina? preguntó Luisa. —Sí, señora, respondió la muchacha. —Voy al instante, repuso la Dupuy. Introdúzcala V. en el salón.

Fuése la muchacha, y Luisa continuó:

—Ahí lo que habría recordado á Rosa que no soy más que una pobre modista. Pero si le place á V. ver un cambio todavía más radical que el mío, levante V. esta colgadura y mire al través de la vidriera.

Dichas estas palabras, Luisa pasó al salón, dejándome solo.

Huelga decir que, aprovechándome del permiso, levanté la colgadura y pegué los ojos á uno de los lados del cristal.

La que preguntara por Luisa, y á la cual anunciaban bajo el nombre de la Gosudarina, era una hermosa mujer de veintidós á veinticuatro años, de facciones asiáticas, y en cuyo cuello, orejas y manos lucía gran número de diamantes. La Gosudarina entró apoyada en una joven esclava, y como si para ella hubiese sido una gran fatiga el andar, aún sobre las mullidas alfombras de que estaba cubierto el piso del salón, sentóse en el diván más inmediato á la puerta, mientras su esclava la oreaba con un abanico de plumas. La Gosudarina, al ver á Luisa le hizo con indolencia una seña para que se le acercase, y en francés chapurrado le dijo que le mostrase los sombreros más elegantes y sobre todo los más costosos. Luisa se

apresuró á ordenar que le trajesen inmediatamente lo mejor que había en la tienda, y la Gosudarina se probó todos los sombreros, mirándose á un espejo que la joven esclava le presentaba de rodillas ante ella, pero sin que le gustase alguno, pues ninguno era igual al de la princesa Dolgoruki. Luisa pues tuvo que comprometerse á labrarle uno como el de la princesa; pero por desgracia la Gosudarina quería el sombrero para aquel día mismo, y en esta esperanza se había tomado la molestia de llegarse hasta la tienda de mi paisana. La cual, por más que se excusó, no tuvo más remedio que prometer á lo menos el sombrero para el siguiente día por la mañana, lo que en rigor era posible, trabajando en él de noche. Tranquilizada por este compromiso, al que la indolente hermosa sabía que Luisa era incapaz de faltar, la Gosudarina se levantó y fuése perezosamente, incesantemente apoyada en su esclava, y recomendando á Luisa que cumpliera su palabra, si no quería hacerla morir de pesadumbre.

Luisa condujo á su parroquiana hasta la puerta, y volviendo apresuradamente adonde yo, me preguntó riéndose:

—¿Qué le ha parecido esa mujer?—Muy hermosa, respondí.—No le pregunto eso; le pregunto qué opina V. respecto de su representación social y de su carácter.—De haberla visto en París, en sus ademanes exagerados y en sus modales de dama de quincalla la habría tomado por una bailarina retirada del teatro y mantenida por un lord.—Por ser la primera vez que la ha visto V. no ha andado V. tan descaminado como eso. Esa hermosa dama cuyos delicados pies apenas si hoy se arriesgan á hollar alfombras de Persia, es ni más ni menos que una antigua esclava georgiana, de la que el privado del emperador, Narawitcheff, ha hecho su amante. Sólo hace unos cuatro años que se ha operado esta metamorfosis, y ya la pobre Machinka se ha olvidado de su origen, ó más bien se acuerda de él de tal suerte, que fuera de

las horas dedicadas á su tocado, emplea el tiempo en hacer sufrir á sus antiguas compañeras, á las cuales tiene aterrorizadas. Las otras esclavas, no atreviéndose á darle su antiguo nombre de Machinka, la han apellidado la Gosudarina, que significa *la Señora*. Ahora escuche V. un ejemplo de crueldad de esa advenediza: no hace mucho que no hallando á la mano, al desnudarse, una almohadilla donde clavar un alfiler, lo hundi6 en el pecho de la desventurada esclava que le servía de doncella. Pero esto levant6 tal run run, que el emperador se enter6.—¿Y qué hizo el emperador? pregunté con viveza.—Di6 la libertad á la esclava, la cas6 con uno de sus campesinos, y advirti6 á su ministro que la primera vez que su amante volviese á propararse la enviaría á Siberia.—¿Y se ha dado por avisada?—Tan es así, que hace algùn tiempo nada se ha oído contar de ella. Pero, ea, ya hemos hablado bastante de mí y de los demás; volvamos á usted. ¿Me da V. licencia, en mi calidad de paisana de V., para que le pregunte con qué fin ha venido V. á San Petersburgo? Como hace tres años conozco la ciudad, quizá podría ser útil á V., á lo menos con mis consejos.—Lo dudo; pero no importa. Ya que V. tiene á bien tomarse algùn interés por mí, digo á V. que he venido como profesor de esgrima. ¿Son quisquillosos en San Petersburgo?—No, señor, porque en él los duelos suelen ser mortales; como al salir del campo del honor hay para los adversarios y los testigos en perspectiva la Siberia, si se pelean es por cosas que valen la pena y cuando verdaderamente los duelistas pueden quitarse verdadera y mutuamente la vida. Pero tanto monta, no le faltarán á V. discípulos. Sin embargo me animo á dar á V. un consejo, y es que procure V. obtener del zar el nombramiento de maestro de armas de algùn regimiento, lo cual valdrá á V. un grado militar, y ya V. sabe que aquí el uniforme lo es todo.—El consejo es bueno, pero más fácil de dar que de seguir.—¿Por qué?—¿Cómo

quiere V. que hable con el emperador? Aquí no tengo protección alguna.—Pensaré en ello.—¿Cómo! ¿Usted?—¿Le admira? me dijo Luisa sonriéndose.—No, señora, de V. nada me admira, y es V. bastante hechicera para obtener cuanto se proponga. Pero no he hecho cosa alguna para merecer tanto de parte de V.—¿Qué no ha hecho V. cosa alguna? ¿No es V. paisano mío? ¿no me ha traído V. una carta de mi buena Rosa? ¿no me ha proporcionado V., al recordarme mi querido París, una de las horas más agradables que he pasado en San Petersburgo? Su pongo que volveremos á vernos, ¿eh?—Por supuesto.—¿Cuándo?—Mañana, si V. no ordena lo contrario.—Bueno, á la misma hora que hoy; es la en que estoy más libre de hablar extensamente.—Pues hasta mañana á la misma hora.

Me separé de Luisa, maravillado de ella y diciendo entre mí que ya no me encontraba solo en San Petersburgo. Cierta es que era precario el apoyo de una joven aislada como ella parecía estarlo; pero la amistad de una mujer tiene un no sé qué tan suave, que el primer sentimiento á que da vida es la esperanza.

Cené frente á la tienda de Luisa, en un restaurante francés cuyo dueño se llamaba Talón; pero no sentí el más leve deseo de hablar con ninguno de mis compatriotas, quienes, como en todas partes, dábanse allí á conocer por su elevada voz y por la maravillosa facilidad con que hablaban de sus asuntos sin recatarse en las palabras. Por otra parte bastábanme mis propios pensamientos, y quien quiera se me hubiese acercado habría sido para mí un indiscreto.

Como la víspera, alquilé una góndola de dos remeros, y pasé la noche recostado en mi capa, embriagándome con la suavísima armonía del órgano viviente y contando una á una las estrellas del firmamento.

Recogíme á las dos de la madrugada, como el día anterior, y me desperté á las siete.

Como me propuse ver de un tir6n las curiosidades

de la capital, para en adelante no tener que ocuparme más que en mis asuntos, envié por un droschki, contratado al mismo precio que la víspera, y visité cuanto me faltaba ver, desde el convento de San Alejandro Newski, con su tumba de plata sobre la cual oran figuras de tamaño natural, hasta la Academia de ciencias con su colección de minerales, su globo de Gotorp regalado por Federico IV, rey de Dinamarca, á Pedro I, y su mamud, coetáneo del diluvio, encontrado en los hielos del mar Báltico por el viajero Miguel Adam. Todo lo cual era interesantísimo, pero no óbice para que yo consultase mi reloj cada diez minutos para ver si se acercaba la hora de ir á casa de Luisa.

Por fin y no pudiendo por más tiempo refrenarme, á las cuatro me hice conducir á la calle de Niuski, con el propósito de pasearme por ella hasta las cinco; pero al llegar al canal de Catalina fuéme imposible pasar con mi droschki, tanta era la concurrencia. Los atropamientos de gentes son tan raros en San Petersburgo, que habiendo yo casi llegado al punto de mi destino, pagué á mi cochero y á pie fui á entretejerme entre la muchedumbre de curiosos. Tratábase de un ladrón á quien llevaban á buen recaudo, y que acababa de ser cogido por el mismísimo Gorgoli, jefe de policía. Las circunstancias que habían acompañado al robo explicaban la curiosidad del público.

Aunque Gorgoli, uno de los hombres más gallardos de la capital y uno de los más valientes generales del ejército, era de un porte majestuoso no común, el acaso había dispuesto que uno de los más diestros bribones de San Petersburgo se pareciese á él de un modo estupendo. El bribón resolvió beneficiar esta semejanza física, y, para completar la ilusión, se puso el uniforme de jefe de estado mayor, la capa cenicienta y de alto cuello, hizo construir un droschki parecido al de Gorgoli, alquiló caballos de igual pelaje que los del jefe de policía, y, conducido por un co-

chero vestido como el del general, se detuvo á la puerta de un acaudalado comerciante de la calle de la Gran Millione, entró en la tienda, y, dirigiéndose al dueño de la casa, le dijo:

—Caballero, V. me conoce, soy el general Gorgoli, jefe de la policía.—Verdaderamente conozco á vucencia, respondió el comerciante.—Pues bien, en este preciso instante y para una operación que me interesa por todo extremo, necesito veinticinco mil rublos, y me encuentro demasiadamente lejos del ministerio para ir á buscarlos allá, pues el más leve retraso lo echaría todo á perder. Hágame V. el favor de prestarme los veinticinco mil rublos, y mañana por la mañana pase usted por mi casa y se los devolveré.—Doy á vucencia las gracias por la preferencia, exclamó loco de satisfacción el comerciante; pláceme en el alma poder servirle; ¿quiere más vucencia?—Pues V. es tan amable, deme treinta mil.—Aquí van, monseñor.—Gracias, y hasta mañana á las nueve en mi palacio.

Tras estas palabras el bribón se subió de nuevo á su droschki y partió al galope hacia el jardín de Verano.

Al día siguiente y á la hora indicada, el comerciante se presentó en el palacio de Gorgoli, quien lo recibió con su acostumbrada afabilidad, y que, al ver que aquél tardaba en explicarle la causa de su visita, le preguntó qué se le ofrecía.

A tal pregunta se intimidó el comerciante, el cual, mirando con más atención al general, parecióle notar alguna diferencia entre él y el individuo que se le presentó bajo su nombre el día anterior.

—¡Ah! exclamó prontamente el comerciante, me han robado, excelentísimo señor.

Y al punto contó la increíble astucia de que había sido víctima.

Gorgoli escuchó al comerciante sin interrumpirlo, y, cuando éste hubo concluido, hizo que le trajeran su capa cenicienta, ordenó que engancharan su alazán

á su droschki, y en haciéndose contar por segunda vez y con todos sus pormenores el caso, incitó al comerciante á que lo aguardase en su casa, mientras él salía en pos del ladrón.

El general se hizo conducir á la Gran Millione, salió de la tienda del comerciante, siguió el mismo camino que el ladrón, y dirigiéndose al butchnick (1), le preguntó:

—Ayer á las tres de la tarde pasé delante de tí; ¿me viste?—Sí, excelentísimo señor.—¿Hacia dónde me encaminé?—Hacia el puente de Troitskoi.—Está bien.

Y el general se encaminó al puente, á la entrada del cual halló á otra centinela, á la que preguntó:

—Ayer á las tres de la tarde pasé delante de tí; ¿me viste?—Sí, excelentísimo señor.—¿Qué camino tomé?—El del puente.—Está bien.

El general atravesó el puente y se detuvo frente á la cabaña de Pedro I á tiempo que se lanzaba fuera de la garita el butchnick, á quien preguntó:

—Ayer á las tres de la tarde pasé delante de tí; ¿me viste?—Sí, excelentísimo señor.—¿Hacia dónde me encaminé?—Hacia el barrio de Viborg.—Está bien.

Gorgoli continuó adelante, resuelto á perseguirse hasta el fin. En la esquina del hospital militar encuentra á otro butchnick y también le interroga, y conforme á las respuestas de éste, se encamina hacia los depósitos de aguardiente, atraviesa el puente de Voskresenskoi, se dirige en línea recta al extremo de

(1) Los *butchnicks* son unas como centinelas colocadas en las esquinas de las calles principales en barracas llamadas *butka*, y que, no perteneciendo á la clase civil ni á la militar, desempeñan, aunque en orden inferior, los oficios de nuestros municipales. Perennemente y empuñando una alabarda hay uno de ellos de centinela á la puerta de cada barraca, de donde se deriva su nombre de *butchnicks*, ó gariteros.

la Gran Perspectiva, y desde aquí á la extremidad de las tiendas, del lado del banco y de las asignaciones, donde por última vez interroga al garitero, diciéndole:

—Ayer tarde, á las cuatro y media, pasé por delante de tí; ¿me viste?—Sí, señor.—¿Adónde me encaminé?—Al núm. 19, esquina del canal de Catalina.—¿Dónde entré?—Sí, señor.—¿Me viste salir?—No, señor.—Está bien. Que te releve uno de tus compañeros y vé por dos soldados al cuartel más cercano.

El garitero cumplió la orden y diez minutos después regresó en compañía de los dos soldados.

Gorgoli se presenta con ellos en el núm. 19, manda cerrar las puertas de la casa, interroga al portero, se entera de que el ladrón habita en el segundo piso, sube, derriba de una patada la puerta, y se encuentra cara á cara con el ladrón, que, asustado de aquella visita, de la que adivina la causa, canta de plano y restituye los treinta mil rublos.

Como se ve, la civilización de San Petersburgo ha quedado rezagada á la de París.

El lance que acabo de explicar y á cuyo desenlace asistí, me hizo perder, ó mejor dicho me hizo ganar unos veinte minutos, y sólo me faltaba pasar otros veinte para que sonase la hora de presentarme en casa de Luisa. Encaminéme pues á ella, y á proporción que el camino iba acortándose, el corazón me latía con más fuerza; hay más, cuando pregunté si mi paisana estaba visible, mi voz era tan trémula, que para darme á comprender tuve que repetir dos veces la pregunta.

## V

Luisa me esperaba en su camarín, y al verme entrar saludóme con la cabeza y con la graciosa familiaridad exclusiva de nuestras paisanas; luego me tendió la

mano, me hizo sentar á su lado, como en la vispera, y me dijo:

—Me he ocupado en el asunto de V.—No hablemos de mí, sino de V., repuse con expresión que hizo sonreír á mi interlocutora.—¡Cómo! ¿de mí? ¿Por ventura se trata de mí en todo eso? ¿Soy yo quien solicito la plaza de maestro de armas en uno de los regimientos de su majestad? ¿De mí? ¿y qué tiene usted que decirme de mí?—Que desde ayer me ha hecho V. el más feliz de los hombres, que desde ayer sólo pienso en V. y no veo más que á V., que no he dormido ni un instante, y que me he temido que nunca jamás iba á llegar la hora de verla nuevamente.

—Lo que V. me hace es una declaración formal.—Tómela V. como más le agradare; no sólo he dicho á V. lo que pienso, mas también lo que siento.—Es una chanza.—No, palabra.—¿Habla V. con formalidad?—Con toda formalidad.—Pues bien, como á la postre es posible, y no porque sea prematura la declaración deje quizá de ser menos sincera, mi deber me ordena parar á V. en este camino.—¿Y eso?—Mi querido paisano, entre V. y yo no puede haber absolutamente nada más que una amistad franca y pura.—¿Por qué?—Porque tengo un amante, y por mi hermana ya sabe V. que la fidelidad es un vicio de nuestra familia.—¿Habrás visto hombre más desventurado que yo?—No, V. no es desventurado; podía V., sí, haberlo sido con el tiempo si yo hubiese dejado echar más hondas raíces, en vez de arrancarlo de su pensamiento antes que haya llegado á su corazón, al afecto que dice V. sentir por mí. Y, sonriéndose, Luisa añadió: Gracias á Dios no se ha perdido el tiempo, y espero que el mal ha sido atacado antes de haber hecho grandes progresos.—Bien, bien, no se hable más de ello.—Al contrario, porque como V. encontrará aquí á la persona á quien amo, importa que V. sepa cómo la amo.—Agradezco á V. tanta

confianza.—Está V. resentido, y hace mal. Ea, deme usted la mano como á una buena amiga.—Es V. leal, dije cogiendo la mano que Luisa me tendía, y en definitiva porque no me cabía derecho alguno á guardar rencor á mi paisana.—En hora buena, repuso Luisa.—Indudablemente es algún príncipe, ¿no es verdad? pregunté.—No soy tan exigente, es sencillamente un conde.—¡Ah! Rosa, Rosa, exclamé, no vengas á San Petersburgo, te olvidarías de Augusto.—Me acusa V. antes de haberme oído, y esto no está bien, profirió Luisa; por eso quise decirselo todo; ya no tenía V. que ser francés para juzgar de esta suerte.—Por fortuna la predilección de V. por los rusos me da á entender que es V. tal cual injusta para con nosotros.—No soy injusta para con persona alguna, caballero; comparo, y nada más. No hay pueblo que no tenga sus defectos, invisibles á sus propios ojos por la razón de que son inherentes á su naturaleza, pero patentes á los ojos de los demás pueblos. Nuestro principal defecto es la ligereza. Un ruso que ha recibido la visita de uno de nuestros compatriotas nunca dice á otro ruso: Acaba de salir un francés, sino: Ha venido un loco de atar.—¿Acaso los rusos carecen de defectos?—No por cierto, pero no corresponde verlos á los que vienen á pedirles hospitalidad.—Gracias por la lección.—No es una lección, amigo mío, sino un consejo: ¿no ha venido V. con la intención de quedarse aquí? Créese V. pues amigos, no enemigos.—Dice V. bien.—¿No pensaba yo como V.? ¿no hice el firme propósito de no prestar nunca oídos á esos grandes señores, tan humildes ante el zar y tan insolentes para con sus inferiores? Y ya ve V., he faltado á mi juramento. Créame V., no los haga V. si no quiere, como yo, faltar á ellos.—Y atento al carácter de V., y perdone que hable así por más que no conozca á V. sino desde ayer, la lucha ha sido larga, ¿no es cierto?—Cierto es, y por poco resulta trágica.—¿Imagina usted que en mí la curiosidad será superior á los

celos?—Nada imagino; sólo tengo interés en que V. lo sepa todo.—Hable V. pues, la escucho.—Como puede habérselo indicado el sobre de la carta de Rosa, prosiguió Luisa, estaba yo en casa de la señora Xavier, modista la más famosa de San Petersburgo, y en casa de la cual, por consiguiente, se proveía entonces toda la nobleza de la capital. Gracias á mi juventud, á lo que llamaban mi hermosura, y sobre todo á ser francesa, no me faltaron, como puede V. suponer, requiebros y declaraciones. Sin embargo, aunque tales requiebros y declaraciones fuesen algunas veces acompañados de promesas las más seductoras, ninguna hizo mella en mí, y todas fueron quemadas. Así trascurrieron diez y ocho meses. Hace unos dos años, á la puerta de la tienda se detuvo un coche de cuatro caballos, y de él se apearon dos señoritas, un joven oficial y una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años. El joven era teniente de caballeros guardias, y por consiguiente vivía en San Petersburgo; pero su madre y sus dos hermanas habitaban en Moscou, y venían á pasar los tres meses de verano en compañía de su hijo y hermano respectivo. La primera visita de aquellas señoras, al llegar, era para la señora Xavier, la gran reguladora del gusto; y efectivamente, una mujer elegante no podía presentarse en sociedad sino bajo los auspicios de aquélla. Las dos jovencitas eran encantadoras, y en cuanto al teniente, apenas si reparé en él, por más que durante su corta visita pareció ocuparse grandemente en mí. Hechas las compras, la madre dió su dirección, y por ella supe que aquélla era la condesa de Waninkoff y que vivía en el canal de la Fontalka. Al siguiente día el teniente vino solo para preguntar si habíamos pensado en los encargos de su madre y de sus hermanas, y se dirigió á mí para encargarme que hiciese cambiar el color de un lazo de cintas. Por la noche recibí una carta firmada de Alejo Waninkoff, carta que era ni más ni menos que una declaración de amor; con todo

eso llamóme la atención, como acto de delicadeza, el que en ella Alejo no me hacía promesa alguna, y sí sólo me hablaba de obtener mi corazón, no de comprarlo. Hay ciertos estados en los cuales, sin caer en ridiculez, una persona no puede hacer gala de una virtud excesivamente rígida; si yo hubiese pertenecido á la sociedad encopetada, habría devuelto á Alejo su carta sin leerla, pero como no era más que una modistilla, la quemé después de haberla leído. Al día siguiente volvió el conde para manifestar que su madre y sus hermanas querían unos gorros y que le dejaban á él la elección. Al entrar Alejo, me valí de un pretexto para pasar al salón de la señora Xavier, y no volví á la tienda hasta que aquél se hubo marchado. Por la noche recibí otra carta, en la que el conde me decía que le quedaba una esperanza, la de que yo no había recibido la primera. Como la de la víspera, la segunda carta quedó sin respuesta. Llegó el subsiguiente día, y recibí otra carta, carta que me llamó extraordinariamente la atención por estar escrita en un tono totalmente distinto al de las dos primeras. Toda ella estaba impregnada de un acento de melancolía que más parecía el desaliento del hombre que pierde su última esperanza, que no, como yo sospechara, la irritación de un niño á quien le niegan un juguete. Decíame Alejo en su carta, que de no recibir contestación mía estaba resuelto á pedir licencia al emperador para ir á pasar en Moscou cuatro meses en compañía de su madre y sus hermanas. Mi silencio le dejó en libertad de obrar á su guisa, y seis semanas después recibí una carta fechada en Moscou, en la cual Alejo me decía: «Estoy á punto de contraer un compromiso insensato que me robe á mí mismo y ponga no sólo en peligro mi porvenir, mas también mi vida. Escíbame V. que tal vez con el tiempo me amaré V. para que mi vida aliente una vislumbre de esperanza y yo continúe libre.» En la inteligencia de que esta carta el conde me la había escrito para asus-

tarme, tampoco contesté á ella, y, transcurridos cuatro días, vino estotra á mis manos: «Acabo de llegar, y, á mi regreso, mi primer pensamiento es para V. Amo á V. tanto y tal vez más que cuando partí. Ahora ya no puede V. salvarme la vida, pero aun puede V. hácermela amable.» Tal persistencia, el misterio que escondían los dos últimos billetes y la tristeza que se trasparentaba en ellos, decidiéronme á contestar, no una carta como el conde indudablemente deseaba, pero sí algunas frases de consuelo; y sin embargo concluí mi carta diciéndole que no lo amaba ni lo amaría nunca. Esto parecerá á V. singular, ¿no es cierto? tanta virtud la calificará V. de ridiculez en una pobre muchacha como yo. Sosiéguese V., no sólo mi conducta era hija de la virtud, sino de la educación. Mi pobre madre, viuda de un oficial, sin bienes de fortuna, nos educó de esta suerte á Rosa y á mí. A diez y seis años la perdimos, y con ella la pequeña pensión de la cual vivíamos. Mi hermana es florera, y yo modista. Mi hermana amó á Augusto, y cedió, y cuenta que no la culpo, cuanto más que para mí es lo más natural entregar el cuerpo cuando una ha dado su corazón. Pero yo todavía no había encontrado al hombre á quien tenía que amar, y, como V. ve, me había conservado íntegra, aunque esto no fuese para mí un gran mérito. En esto llegó el día de año nuevo, que en Rusia se celebra como una gran fiesta, según no tardará V. en ver. En tal día, el gran señor y el mujik, la princesa y la modista, el general y el soldado son hermanos. El zar recibe á su pueblo, y por las calles de San Petersburgo se reparten al acaso, por decirlo así, veinticinco mil billetes. A las nueve de la noche se abre el palacio de Invierno, y los veinticinco mil convidados llenan los salones de la residencia imperial que, durante el resto del año, sólo se abre para la aristocracia. Los hombres se presentan en él de dominó ó á la veneciana, y las mujeres con su traje usual. La señora Xavier nos dió billetes, de modo que

resolvimos ir juntas á palacio, lo cual era tanto más hacedero, cuanto por mucha que sea la gente que en palacio se reuna, no ocurre en él desorden alguno, ni se cometen desmanes ni robos, y eso que en vano se buscaría en él á un soldado. El respeto que inspira el emperador se extiende sobre todos, y la doncella más casta está en él tan segura como en el dormitorio de su madre. Media hora hacía que estábamos en el salón blanco y tan apiñadas que parecía imposible que en aquél pudiese haber una persona más, cuando prontamente la orquesta dió la señal de la polaca, y al mismo tiempo resonaron los gritos de ¡el emperador! ¡el emperador! Su majestad apareció en la puerta, dirigiendo la danza con la embajadora de Inglaterra y seguido de toda la corte; los presentes se agruparon, separóse la ola, abrióse una calle de unos tres metros de anchura, precipitáronse en ella los danzarines, pasó un como torrente de diamantes, plumas, terciopelos y perfumes, y la oleada volvió á cerrarse tras el cortejo. Yo, separada de mis dos amigas, en vano intenté reunirme nuevamente á ellas; las ví pasar como arrebatadas por un torbellino, pero casi al punto las perdí de vista, quedándome separada de ellas por una muralla humana y sola en medio de veinticinco mil personas. En esto, fuera de mí, y pronta á pedir auxilio al primer hombre con que me encontrase, se me acercó un dominó, en quien conocí á Alejo, y me preguntó:—¿Cómo! ¿sola aquí?—¡Ah! ¿es V., señor conde? exclamé cogiendo su brazo, tan asustada me tenía mi aislamiento en medio de aquella muchedumbre. Por favor, sáqueme V. de aquí, y procúreme un coche para que pueda marcharme.—Deme V. licencia para que yo la acompañe, y quedaré agradecido al acaso que habrá hecho más por mí que todas mis instancias.—No, gracias, contesté, un simón...—Es imposible encontrar un simón á estas horas, en que todo el mundo llega y nadie se va. Quédese V. aquí una hora más.—No, conde, quiero marcharme, re-



puse.—En este caso acepte V. mi trineo; daré orden á mis criados para que la conduzcan á V. á su casa, y como es á mí á quien V. no quiere ver, no me verá.— ¡Ah! preferiría...—No quedan á V. más que dos caminos, replicó el conde, ó permanecer aquí, ó aceptar mi trineo, pues estimo que no tiene V. la intención de marcharse á pie sola y con el frío que hace.—Pues bien, conde, proferí, condúzcame V. á su coche.

Alejo obedeció sin demora. Sin embargo, había tanta gente en el palacio de Invierno, que tardamos más de una hora en llegar á la puerta que da á la plaza del Almirantazgo. El conde llamó á sus criados, y poco después se detuvo ante la puerta un elegante trineo que no era más que una caja de cupé herméticamente cerrada. Subíme inmediatamente al cupé, dando la dirección de la señora Xavier, y el conde me besó la mano, cerró la portezuela, añadió en ruso algunas palabras á mi recomendación, y partí con la velocidad del huracán. Poco después parecióme que los caballos redoblaban su velocidad y que eran inútiles los esfuerzos que hacía su conductor para detenerlos. Di voces, y las mías se confundieron con las del cochero; intenté abrir la portezuela, pero detrás del cristal había una como celosía de la que no pude hallar el muelle. Tras esfuerzos vanos, caí rendida en un rincón del trineo, convencida de que los caballos se habían desbocado y de que íbamos á estrellarnos contra alguna esquina. Con todo eso, un cuarto de hora después los caballos se detuvieron, abrióse la portezuela, y fuera de mí, me lancé del coche; pero una vez libre del peligro que supuse haber corrido, flaqueéronme las piernas y díme á entender que iba á encontrarme mal. En esto envolviéronme la cabeza en una cachemira, y sentí que me colocaban en un diván; entonces hice un esfuerzo para quitarme el velo que me envolvía, y halléme en un aposento para mí desconocido y en presencia del conde Alejo, que estaba arrodillado á mis pies.

—¡Oh! lo que ha hecho V. no tiene calificación, señor conde, dije; me ha engañado V.—¡Ay! replicó Alejo, perdóneme V., pero nunca jamás se me habría presentado de nuevo una ocasión como esta. A lo menos una vez en mi vida podré decir á V...—No, usted no me dirá palabra alguna, conde, exclamé levantándome, y ahora mismo va V. á ordenar que me conduzcan á mi casa, so pena de ser V. un malvado.—Concédame V. una hora, nada más que una hora, articuló Alejo. ¡Hace tanto tiempo que no he visto á V. ni con V. he hablado!...—Ni un minuto, ni un segundo; ahora mismo va V. á dejarme en libertad de marcharme.—Así pues ni mi respeto, ni mi amor, ni mis ruegos...—Nada, señor conde, nada.—Pues bien, profirió Alejo, escuche usted. Veo que V. no me ama ni me amará nunca. La carta de V. me infundió alguna esperanza, pero me engañó. Está bien, ¿me condena V.? acepto la sentencia. Sólo pido á V. cinco minutos; si dentro de cinco minutos me exige V. que la deje libre, libre será.—¿Palabra?—Palabra.—Diga usted.—Ha de saber V., Luisa, continuó Alejo, que estoy rico, soy noble, mi madre me adora, mis dos hermanas me aman, y desde mi infancia me he visto rodeado de criados solícitos en obedecerme; sin embargo padezco la enfermedad que la mayor parte de mis compatriotas, quiero decir que pese á no tener más que veinte años de edad estoy viejo, por haber sido hombre demasiado joven. Estoy cansado de todo, fatigado de todo. Me consume el tedio, demonio perseguidor de toda mi vida. Bailes, fiestas, placeres, devaneos, nada ha sido parte á arrancar el fúnebre velo que se extiende entre mis semejantes y yo. Tal vez la guerra con sus entusiasmos, peligros y fatigas, habría ejercido algún influjo en mi espíritu, pero Europa duerme en paz profunda, y ya no vive un Napoleón para trastornarla. Fatigado de todo y resuelto á viajar para ver si me distraía, ví á V., y, si he de ser franco, lo que primero sentí por V. fué puramente un

capricho, obedeciendo al cual cogí la pluma y escribí á V. la primera carta, en la inteligencia de que nada más tenía que hacer para que V. cediese. Contra mis cálculos, V. no me contestó, y como la resistencia de V. me aguijó, insistí. ¡Ay! díme á entender al principio que sólo sentía por V. un capricho pasajero, mas no tardé en advertir que mi capricho se había convertido en amor real y profundo, amor que no intenté sofocar, pues toda lucha conmigo mismo me rinde y me abate. Entonces escribí á V. que iba á emprender un viaje, y realmente partí. Al llegar á Moscou encontré algunos amigos de mi niñez, y al verme taciturno, inquieto, aburrido, dieron á mi estado moral una interpretación más levantada que yo no merecía, quiero decir que lo juzgaron hijo de mi impaciencia por sacudir el yugo que sobre nosotros pesa. Mis amigos tomaron mis largas divagaciones por meditaciones filantrópicas, y estudiaron detenidamente mis palabras y mi silencio; luego, dándose á entender que en el fondo de mi tristeza se ocultaba algo, tomaron ese algo por amor á la libertad, y me ofrecieron entrar en una conspiración contra el emperador. — ¡Válgame Dios! exclamé aterrorizada; pero usted no admitió; ¿no es verdad que V. no admitió? — Antes de resolverme, escribí á V.; mi decisión estaba sometida á esta última prueba; si V. me amaba, mi vida ya no me pertenecía á mí, sino á V., y por tanto no me cabía derecho á disponer de ella. Si V. no me contestaba, lo cual era demostrativo de que V. no sentía por mí amor alguno, poco me importaba lo que sería de mí. Conspirar equivaldría para mí á una distracción. De ser descubiertos, nos esperaba el patíbulo; pero como más de una vez se me había ocurrido la idea del suicidio, tuve para mí que valía la pena el no tener que tomármela de quitarme á mí mismo la vida. — Pero señor, ¿es posible que tal pensase V.? — Digo á V. la verdad, Luisa, respondió Alejo. Y levantándose y sacando de una mesita un

paquete sellado, añadió: Aquí está la prueba. Yo no podía adivinar que hoy la encontraría á V.; ni siquiera esperaba volver á verla nunca jamás. Lea V. este papel. — ¡Cómo! ¡el testamento de V.! — Sí, mi testamento. Lo hice en Moscou al siguiente día de haber entrado en la conspiración. — ¡Dios misericordioso! ¿me dejaba V. treinta mil rublos de renta? — De no haberme V. amado en vida, era mi deseo que á lo menos tuviese V. de mí un buen recuerdo después de mi muerte. — Pero V. ha renunciado á sus proyectos de conspiración, á matarse, á suicidarse, ¿no es verdad? — Luisa, es V. libre de marcharse; han trascurrido los cinco minutos; pero como V. es mi postrera esperanza, el único bien que me une á la vida, sepa que una vez haya V. salido de aquí, nunca jamás volverá V. á entrar, y que apenas se habrá cerrado tras V. la puerta de la calle, me habrá levantado la tapa de los sesos. — ¡Está V. loco! — No, sino aburrido. — Usted no hará semejante. — Pruébelo V. — ¡Señor conde, por favor! exclamé. — Mire V., Luisa, continuó Alejo, he luchado hasta el fin. Ayer estaba resuelto á concluir de una vez; hoy, que he vuelto á ver á V., he decidido hacer la última prueba, en la esperanza de ganar la partida. He jugado mi vida contra la dicha, y como he perdido, me toca pagar, y pagaré.

Si Alejo hubiese hablado en medio del delirio de la calentura, no lo hubiera creído; pero como lo hacía con toda naturalidad, con su calma habitual, y su acento más bien era alegre que no triste; en una palabra, como se echaba de ver que decía la verdad, comprendí que me estaba vedado el marcharme en tales circunstancias, y miré á aquel gallardo mozo lleno de vida y del que únicamente de mí dependía la dicha. Acordéme de la madre del conde, que al parecer tanto lo amaba, de sus hermanas, tan risueñas, y figurándome verle á él cubierto de sangre y desfigurado, y á ellas desmelenadas y llorosas, preguntéme con qué derecho yo, que nada era, iba á quebrantar

aquellas doradas existencias, aquellas lisongeras esperanzas; además de que, si he de ser verídica, un apego tan persistente empezaba á dar su fruto. También yo, en el silencio de mis noches y en la soledad de mi corazón, había pensado más de una vez en aquel hombre que incesantemente pensaba en mí. ¡Ay! en el momento de separarme de él para siempre, leí más claramente en mi alma, y como advertí que lo amaba, me quedé.

Alejo me había dicho la verdad: lo que faltaba á su vida era el amor. Desde que, hace dos años, me ama, es dichoso, ó á lo menos tal parece, y ha renunciado á la descabellada conspiración en que sólo entrara por disgusto de la vida. Cansado de las trabas que imponía á nuestras entrevistas mi posición en casa de la señora Xavier, sin decirme palabra respecto del particular alquiló para mí esta tienda. Hace año y medio que vivo otra vida, en medio de los estudios que han faltado á mi juventud, y que él, tan distinguido, necesitará hallar en la mujer á quien ama, cuando ¡ay! habrá dejado de amarla. Este es el origen del cambio que V. ha notado en mí al comparar mi estado con mi persona. Ya ve V. pues que he hecho bien al desengañarlo, que sólo una coqueta habría obrado de otra suerte, y que pues amo á Alejo, no puedo amar á V.—Comprendo, dije, y también veo ahora de qué influjo esperaba V. valerse para hacer que prosperase mi solicitud.—Ya he hablado sobre el particular al conde.—Está bien, pero no admito.—Lo siento de veras.—Puede, pero yo soy así.—¿Quiere V. que nos enemistemos y que en días de Dios volvamos á vernos?—Por parte de V. sería una crueldad, cuánto más que en San Petersburgo sólo conozco á V.—Pues mireme V. como una hermana, y déjeme hacer.—¿Usted lo quiere?—Lo exijo.

En esto se abrió la puerta del salón y entró el conde Alejo; el cual era un apuesto joven de veinticinco á veintiséis años, rubio y esbelto, entre tártaro y turco,

y que, como va dicho, era teniente de caballeros guardias, cuerpo privilegiado que había estado largo tiempo bajo el mando personal del zarewich Constantino, hermano del emperador Alejandro, y á la sazón virrey de Polonia. Según costumbre de los rusos, que nunca se quitan el uniforme militar, Alejo vestía el suyo y ostentaba al pecho la cruz de San Uladimiro, y al cuello la de Estanislao Augusto de tercera clase.

—Monseñor, dijo Luisa levantándose y sonriéndose, estábamos hablando de vos; presento á vucencia el francés de que le hablé, y en pro del cual reclamo vuestra alta protección.

Yo hice una medida con la cabeza, el conde me respondió con un saludo amable, y con pureza de lenguaje tal vez un poco afectada, dijo á Luisa, después de haberle besado la mano:

—Mi protección no es muy valiosa, mi querida amiga, pero puedo dirigir al caballero con útiles consejos: en mis viajes he tenido ocasión de conocer lo bueno y lo malo de mis compatriotas, y pondré al corriente de todo al protegido de V. Por otra parte, puedo empezar personalmente la clientela del caballero proporcionándole dos discípulos, mi hermano y yo.—Algo es algo, repuso Luisa, pero no basta; ¿no ha hablado V. de una plaza de maestro de armas en un regimiento?—Sí, respondió Waninkoff, pero según me dijeron ayer, hay ya dos maestros de armas en San Petersburgo, un francés y un ruso. Y volviéndose hacia mí, el conde añadió: El paisano de V., maestro de esgrima de toda la guardia imperial, es un tal Valville, cuyos méritos no discuto; sólo diré que ha sabido entrar por el ojo derecho al zar, que lo ha nombrado mayor y lo ha condecorado con algunas cruces. Mi paisano es un bellissimo sujeto, sin más defecto, para nosotros, que el ser ruso; pero como el ser ruso no es defecto para el emperador, su majestad, á quien aquél en otro tiempo dió lecciones, lo hizo coronel y le concedió la cruz de San Uladimiro de tercera clase.

Ahora bien, supongo que no querrá V. estrenarse haciéndose de los dos maestros dos enemigos.—Claro que no, respondí.—Pues urge que no aparente V. entrar en competencia con ellos. Anuncie V. un asalto, dele V., y muestre en él sus habilidades; cuando haya cundido la voz de su superioridad, le daré, aunque humildísima, una carta de recomendación para el príncipe imperial, que precisamente está desde antayer en el palacio de Estrelna, y que no dudo se dignará, á petición mía, recomendar la de V. al emperador.—De perlas, me dijo Luisa, hondamente satisfecha de la benevolencia del conde para conmigo; ya ve V. que no he mentado.—No en verdad, contesté, y el señor conde es el más servicial de los protectores, como V. es la más excelente de las mujeres. En manos de V. dejo conservarlo en tan buena disposición, y, para probarle lo mucho que estimo su parecer, esta noche misma voy á redactar mi programa.—Esto es, dijo Waninkoff.—Una pregunta, señor conde, repuse, y V. perdone, pero necesito instruirme respecto de un punto. Como no doy el asalto ese para ganar dinero, sino para darme á conocer, ¿envío esquelas ó hago pagar la entrada?—Haga V. pagar, me respondió Alejo, de lo contrario no asistiría persona alguna al asalto. Ponga V. las entradas á diez rublos, y envíeme cien á mí; yo me encargo de colocarlas.

Era difícil llevar más allá la cortesía; así pues quedé vencido mi rencor.

Saludé y fuíme, y al siguiente día quedaron fijados mis carteles.

Ocho días después di mi asalto, en el que no tomaron parte Valville ni Siverbruchk, sino aficionados polacos, rusos y franceses.

No es mi intención hacer aquí la nomenclatura de mis habilidades y de los botonazos dados y recibidos. Sólo diré que durante la sesión, el conde de la Ferronnays, nuestro embajador, me propuso que diese lecciones á su hijo el vizconde Carlos, y que aquella

noche y el día siguiente recibí cartas las más alentadoras, entre las cuales había una del duque de Wurtemberg, en la que éste me pedía que fuese el maestro de sus hijos, y otra del conde de Bobrinski, que me solicitaba para sí. Así es que cuando ví nuevamente á Waninkoff, éste me dijo:

—Todo ha salido á pedir de boca; ya está V. acreditado. Ahora sólo falta un despacho imperial para cimentar la reputación de V. Tomé V., aquí va una carta para un ayudante de campo del zarewich, el cual á estas horas ya habrá oído hablar de V. Preséntese usted á él resueltamente con su petición para el emperador; halague V. su amor propio militar, y pídale su recomendación.—¿Pero V. cree que su alteza va á recibirme bien? pregunté titubeando al conde.—¿Qué entiende V. por recibir bien?—Quiero decir cortésmente.—Siempre nos favorece V. en demasía, me respondió el conde Alejo; nos trata V. como personajes civilizados, siendo así que somos unos bárbaros. Tome V. la carta; abro á V. la puerta, pero de nada respondo; todo depende del buen ó mal humor del príncipe. A V. toca elegir el momento. Es V. francés, y quien dice francés dice valiente. Todo estriba en sostener un combate y conseguir la victoria.—Bien, sí, pero un combate de antesala, una victoria de cortesano. Preferiría un duelo real.—Juan Bart no estaba más familiarizado que V. con los relucientes embaldosados y los trajes de la corte, y ya sabe V. de qué manera salió del apuro cuando fué á Versalles.—A manera.—Pues haga V. lo mismo. De molde, Namojkines.—Pues como V. no ignora, es primo del emperador, el conde de Zernitchef y el coronel Muravieff desean que V. les dé lecciones, y así me han encargado que lo dijese á V.—Usted se ha propuesto colmarme de favores, señor conde, exclamé.—No, y en este concepto nada me debe V.; cumplo los encargos que me dan, y pare V. de contar.—Páreceme que las cosas no se presentan mal, dijo Luisa.—Gracias á V.,

repuse, y se lo agradezco con toda el alma. Y volviéndome hacia el conde, añadí: Corriente, seguiré el consejo de vucencia. Sin más tardar, mañana me arriesgo.—Hágalo V., y buena suerte, repuso Wainkoff.

En verdad, me eran menester las palabras de aliento del conde, pues conociendo como conocía de fama al zarewich, extraño compuesto de buenas cualidades, violentas pasiones y ciegos arrebatos, confieso que tanto me habría dado ir á atacar en su cubil á un oso de la Ucrania.

## VI

El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro y del gran duque Nicolás, de más edad que este último y más joven que aquél, no tenía la afectuosa cortesía del primero, ni la fría y sosegada dignidad del segundo; era en un todo parecido á su padre, de quien reproducía las buenas cualidades y las extravagancias, mientras sus dos hermanos habían salido á Catalina, Alejandro en lo que atañe al corazón, Nicolás en cuanto á la inteligencia, y ambos en la grandeza imperial de que su antecesora dió al mundo tan portentoso ejemplo.

Catalina, al ver su arrogante y numerosa prole, puso con preferencia los ojos en los dos mayores, no pareciendo sino que al darles respectivamente el nombre de Alejandro y Constantino les hubiese repartido el mundo; idea que, por lo demás, se armonizaba de tal suerte con la de la grande emperatriz, que ésta les había hecho retratar, siendo niños, al uno cortando el nudo gordiano, y al otro empuñando el lábaro. Más aun, el desenvolvimiento de la educación de Alejandro y Constantino, sujeta al plan trazado por la misma Catalina, no era sino la explicación de tan

grandes ideas. Así, Constantino, destinado al imperio de Oriente, sólo tuvo nodrizas griegas y maestros griegos, y Alejandro, asignado al imperio de Occidente, fué rodeado de ingleses. En cuanto al profesor común de ambos hermanos, fué un suizo llamado Laharpe, primo del valeroso general del mismo nombre que sirvió en Italia á las órdenes de Bonaparte. Pero los dos discípulos no recibieron con igual celo las lecciones de tan digno maestro, y la semilla, aunque la misma, produjo frutos diferentes, pues por un lado caía en tierra preparada y fértil, y por el otro en terreno inculto y agreste. Mientras Alejandro, á la edad de doce años, respondía á Graft, su maestro de física experimental, que le decía que la luz era una emanación continua del sol: «Esto no puede ser, porque en tal caso el sol se iría empequeñeciendo gradualmente»; Constantino respondía á Saken, su ayo, que le incitaba á que aprendiese á leer: «No quiero aprender á leer, porque veo que vos leéis incesantemente y cada día sois más bolo». Respuestas que eran trasunto del carácter y la inteligencia de los dos niños.

Constantino, en cambio, sentía tanta inclinación por los ejercicios militares como repugnancia por los estudios científicos. Esgrimir las armas, montar á caballo, hacer maniobrar á un ejército, parecíanle conocimientos muchísimo más útiles para un príncipe que no el dibujo, la botánica ó la astronomía. En lo cual también se parecía á Pablo, y tal era su pasión por las maniobras militares, que en la noche de sus bodas se levantó á las cinco de la mañana para hacer maniobrar á un pelotón de soldados que estaban de guardia en su palacio.

El rompimiento entre Rusia y Francia fué miel sobre hojuelas para Constantino. Enviado á Italia, á las órdenes del feld mariscal Suwarow, encargado de completar su educación militar, asistió á sus victorias en el Mincio y á su derrota en los Alpes. Un maestro como aquél, á lo menos tan célebre por sus extrava-